

Estampas callejeras

Todas las tardes asisten al mismo café, pero en particular, aquellas en que se reciben las revistas ilustradas con nuevas informaciones.

A no dudar, son madre e hija; la primera es un cúmulo de resignación encarnada en una mujer, porque así los dicen sus ojos, sus actitudes y su indumentaria.

Mis dos desconocidos personajes deben pasar la penuria más espantosa. Yo aseguraría que toman a última hora el chocolate por evitarse los gritos del estómago a la hora de la cena. No tengo antecedentes de ellas, pero no puedo dejar de adivinar que viven completamente solas en algún interior de casa con portal vistoso que les permite darse cierta importancia. En vida del esposo y padre se comportaban con holgura y aunque hoy las condiciones económicas les son distintas saben amoldarse circunstancialmente resultando maestras en las artes del disimulo. Su casa es reducida; les emplea poco tiempo, y esto les permite ocuparse cuidadosamente en la reforma de viejos vestidos que se guardan en los mismos equipajes que sirvieron para el viaje de boda de la madre. Cada vez que se abren musita unas palabras la vieja señora y al recuerdo de sus horas felices por países lejanos perlean lágrimas ardientes por sus mejillas rugosas. Nunca hacen tarde al tren, llegan con antelación excesiva a los espectáculos, y al comienzo de cada mes son siempre las primeras junto a la ventanilla del Banco que les liquida una reducida rentita heredada de una piadosa y noble dama, parienta lejana seguramente.

Viven solas y solas se gobiernan. Solo de vez en vez cam-

bian un saludo con algún viejo amigo de casa, pero sus semblantes toman el aspecto de mas intensa satisfacción cuando ven desfilar rápido un coche desde donde se las dirige una sonrisa. Leen la sección de recetas en las revistas de modas y unas vecinas les dejan los figurines corrientes de donde toman patron para las nuevas reformas de la temporada. Esto y la atención que prestan a las toaletas de jovencuelas locas que pasan joviales y con greguería de pájaros frente a su mesa del café, son quizás los efectos más importantes en la vida de mis dos personajes.

La hija se llama Claudia; así me lo figuro y creo imposible que se llame de otro modo. La madre ¿quién sabe?; su gesto austero inspira tal compasión que para llamarle no puedo imaginar otra forma que acariciar sus blancos cabellos. Yo sé que si algún día impulsado por el amor que me inspiran me acercase y tomase esa actitud en lugar de la establecida por preceptos sociales, esa madre que en el ocaso de su vida se precata de la tragedia que es un hogar, lloraría y sabría comprender mi caricia.

Claudia no es los últimos años de una juventud, si no el estertor de una perversión que deja su sabor y sus tristes frutos en aquel ser que vivió exclavizado a unas exigencias sociales. Su cara está manchada por las huellas de los sinsabores de quien, deseándolos, ha rechazado los momentos pasionales en que un hombre canta sus exaltaciones y ritmo con besos las palabras sinceras de su corazón. Es una mujer y sin embargo quiere ser niña; pero niña que parezca mayor, es decir, con el mismo juicio niño de lo que ella llamaría una señora de su casa.

¡Pobre piltrafa! Yo siento una compasión grandísima por reconocer la inconsciencia de su culpa. Una sociedad estólida no le dejó ser la natural hembra que en ella rugía, sus impulsos estaban coartados por el medio ambiente que no dejaba en libertad sus alas... y hoy, es el triste manjar de la clorosis que le devora lentamente.

**

Un día, divagando por los corrientes del pensamiento, conté a un amigo la trama que me había forjado en torno de aquellos dos personajes del café. Sonrió y me suplicó que le enseñase mis dos mujeres, y hacia ello dirijimos nuestros pasos, pero ¡Oh fatalidad! aquel día no habían ido.

Para mi constituyó un suceso extraño y mi perplejidad fué interrumpida por una sonrisa, dimanante de aquella mesa que ocuparon otros días Claudia y su madre.

Yo no conocía la flor lozana que ofrecía así su perfume y que me perturbaba un poco al romper una norma que consideré cotidiana. Por unos momentos me saltaron miles de dudas y a punto estuve de llorar cuando pensé el dolor que experimentarían las dos damas al darse cuenta del robo ignominioso, por que como tal debía considerarse la usurpación de aquel lugar.

Mi acompañante saludó a la nueva ocupante de la mesa y algo debió notarme cuando sin pregunta por mi parte se adelantó a explicarme que era una joven loca que escapada del colegio donde sus padres la recluyeron tuvo un desliz, del que nació el niño que jugueteaba con ella.

—¿Y es feliz?—objeté.

—Su posición es modestísima por la unión con el hombre a quien ella amó; a veces, dicen,

llora por la pérdida de alguna buena amiga que le mira recelosa, pero cuentan sus íntimos, que secan sus lágrimas las manecitas jugueteras del infante.

Seguimos andando, y ya alejados algunos pasos, nos volvimos para contemplar a la madre cariñosa que sonreía al mundo.

Y la música de unos besos se perdió entre el bullicio de la calle.

**

Pasado algún tiempo, y cuando ya el velo de otras preocupaciones había cubierto pretéritas impresiones, supe extramente, que cuanto supuse de Claudia y su madre era cierto.

Y es que la vida gusta de esos contrastes irónicos.

Godofredo Hernández

Valencia, Julio 1925.

El Circulo Mercantil Agrícola

Era vergonzoso y daba poco carácter de cultura al pueblo de Yecla, que en él no hubiese un Casino, Circulo o Club.

Si algún forastero nos honraba con su visita, teníamos que confesar un poco rojos de vergüenza, que en Yecla pueblo grande, de bastantes miles de habitantes, honrado y trabajador, no había un Circulo o Casino de público selecto que sirviera al par que de recreo, de cultura para sus asociados.

Tanto tiempo ha pasado sin que exista aquí una Sociedad recreativa, que ya en el espíritu de todos había la certeza de que los yeclanos éramos poco menos que insociables y que la fundación de una Sociedad era obra de romanos.

Unos cuantos jóvenes amantes de la cultura y progreso de nuestro pueblo, nos han invitado para que con ellos organicemos la fundación de la Sociedad Circulo Mercantil